

Vicente Molina Foix

Enemigos de lo real

(Escritos sobre escritores)



Galaxia Gutenberg

© Asís Ayerbe

Vicente Molina Foix nació en Elche y estudió Filosofía en Madrid, residiendo después ocho años en Inglaterra, donde se graduó en Historia del Arte por la Universidad de Londres y fue profesor de Literatura Española en la de Oxford. Autor dramático, crítico de cine y director de dos películas (*Sagitario* y *El dios de madera*), su amplia labor literaria se ha desarrollado principalmente –después de darse a conocer como uno de los *Nueve novísimos poetas españoles* seleccionados por J.M. Castellet– en la novela. Sus títulos más destacados en ese campo son *La Quincena Soviética* (Premio Herralde 1988), *La mujer sin cabeza*, *El vampiro de la calle Méjico* y *El abrecartas* (Premio Nacional de Literatura 2007 y Premio Salambó). Recientemente ha recogido su obra poética en *La musa furtiva*, *Poesía reunida 1967-2012*, publicando asimismo dos volúmenes de cuentos, *Con tal de no morir* (2009) y *El hombre que vendió su propia cama* (2011), y la novela biográfica *El invitado amargo* (2014, escrita con Luis Cremades).

Merecen también mención sus traducciones de Shakespeare, *Hamlet*, *El rey Lear*, *El mercader de Venecia*, y sus reinterpretaciones de mitos clásicos para el teatro como *Don Juan último* (1992), *Electra* (2012) y *Medea*, que inauguró en julio de 2015 el Festival de Teatro Clásico de Mérida.

El presente libro recoge una amplia selección de los textos que Vicente Molina Foix ha ido escribiendo a lo largo de los años sobre grandes escritores de distintas latitudes activos entre el Renacimiento y la actualidad. La columna vertebral la forman las casi cien páginas dedicadas a Shakespeare, con análisis de sus principales obras y un estudio de la musicalidad del verso shakesperiano. Montaigne y sus lectores a través del tiempo (y Shakespeare fue uno de los primeros) abren esta recopilación, en la que se da relieve a la literatura escénica, con trabajos sobre Marlowe, las obras teatrales inspiradas por el *Quijote*, Valle-Inclán, Goldoni, el personaje de Don Juan y una reflexión en torno a la leyenda del Doctor Fausto tal como la han visto Marlowe, Goethe, Benavente y David Mamet.

A continuación, Molina Foix se detiene en la tradición de los malditos y los raros, evocando las figuras del Marqués de Sade, Oscar Wilde, Arthur Cravan, el anarquista Félix Fénéon y Leopoldo María Panero. Un bloque substancial se ocupa de cinco epistolarios de escritores (Joyce, Gil de Biedma, Carmen Martín Gaité, entre otros), así como de la reivindicación del formidable Edgar Neville en tanto que novelista o de Ortega y Gasset como teórico de nuevas formas de expresión. Otros autores abordados son Rilke, Larra, Turguénev, Henry James, Borges como poeta, Vicente Aleixandre, Manuel Vázquez Montalbán, Paul Bowles y Jane Bowles considerados separadamente, Canetti, Virginia Woolf, Isak Dinesen, Pasolini, Susan Sontag, Cabrera Infante y Juan Benet. El volumen se completa con ensayos sobre escritores viajeros de la India, la literatura de la enfermedad y las tensiones de la vida privada en la novelística de la Primera Guerra Mundial.

El resultado es un libro profundo y ameno, escrito con sensibilidad literaria y la voluntad de compartir lecturas con un público amplio, induciendo también al redescubrimiento de nombres injustamente postergados, como Andrei Biely, Felisberto Hernández o Calvert Casey.

Vicente Molina Foix

Enemigos de lo real

(Escritos sobre escritores)

Galaxia Gutenberg

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: enero 2016

© Vicente Molina Foix, 2016
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2016
Ilustración de portada: *Elle est retrouvée*,
Carmen Calvo, 2000. Técnica mixta collage,
fotografía, 150 x 100 cm
© Carmen Calvo, VEGAP, Barcelona, 2015

Conversión a formato digital: María García
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16495-25-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Índice

Presentación. Enemigos de lo real

Lectores de Montaigne

El pecador del Renacimiento

I. Los dos Eduardos II

II. De Alcalá-Galiano a Aliocha Coll

El duque en la biblioteca. *La tempestad*

Los amantes de la noche. *Romeo y Julieta*

La edad de Hamlet. *Hamlet*

La carne, el dinero, la risa. *El mercader de Venecia*

Sir John enamorado (Falstaff)

Corazón de los lobos. *El rey Lear*

En el bosque. *Sueño de una noche de verano*

Una guerra jovial. *Mucho ruido para nada*

Melancolía entre los árboles. *Como os guste*

El color del mal. *Otelo*

Fausto: de Marlowe a Mamet

Tres funciones de Alonso Quijano

Don Juan, el amante en serie

Barroco: Ripa el Tenebroso

El marqués de Sade, criminal en potencia

La paradoja del veraneante (Carlo Goldoni)

Larra y la fábrica del yo

Las tragedias del hombre superfluo (Ivan Turguéniev)

El retrato de Dorian Gray: al otro lado

La religión de Huysmans (y un *introito* de Houellebecq)

La carta de Esmirna (Henry James)

La ceguera de Rilke

Solo con mis leones (Ramón María del Valle-Inclán)

Breve apéndice y enigma de las *Comedias bárbaras*

Dos piezas con música

1. El músico Shakespeare
2. *Woyzeck* y *Wozzeck*: el hombre inacabado

Ortega y *El Murciélago*

La poesía de los sucesos. (Fénéon y el humor negro de las noticias periodísticas)

Novelas en tres líneas de Félix Fénéon (selección y traducción de V. M. F.)

La corta vida y obra de Arthur Cravan

Virginia Woolf

- I. La frase masculina y el verbo femenino
- II. El yo de todos

Petersburgo: la explosión hermética

Aleixandre

- I. Olvidar es morir
- II. El historiador del corazón
- III. ¿Para quién escribía Aleixandre?
- IV. El baile consumado, o un nuevo diálogo de las marionetas

El marxista de rostro irónico (Manuel Vázquez Montalbán)

Novelistas comediógrafos. I. Jane Bowles: Las cuatrocientas páginas

Novelistas comediógrafos. II. Benet comediante

Novelistas comediógrafos. III. Neville y la novela

Indiomanía literaria y color de Italia

Pasolini viajero

Elias Canetti

- I. Don Quijote en Viena
- II. Elías Canetti o la estirpe coronada

Lo raro

- I. El cuerpo misterioso (*Paradiso*)
- II. Manos de Felisberto

La cuentista del mito (Isak Dinesen)

Julien Gracq en dos libros

- I. El geógrafo
- II. Gracq sin coturno

Calvert Casey

La frase persuasiva (Gabriel Ferrater)

Jorge Luis Borges: versos de ciego

Paul Bowles, el existencialista en el trópico

La literatura de la enfermedad. Las obras del Sida

Retrato póstumo de Susan Sontag

Sontag madura

Cinco correspondencias

I. James Joyce: cama y trastienda

II. Jaime Gil de Biedma/Juan Ferraté: los amigos de la derrota

III. Carmen Martín Gaité/Juan Benet: la media pared

IV. Ricardo Molina y la Generación del 27: «Supóngase que paseamos»

V. Llorenç Villalonga/Baltasar Porcel: amor griego en Mallorca

El verbo se hizo Caín. (apunte personal para una teoría de la recepción de *Tres tristes tigres*)

La pena del cómico (*La ninfa inconstante*)

Las flores del maldito: F. F. Casanova, Hervás, Maenza, L. M.^a Panero

Panero y el inglés

Juan Benet: el rollo y la cebolla

La aplazada muerte de Tony Judt

Vida privada y Gran Guerra. (Novelistas en el campo de batalla)

PRESENTACIÓN

Enemigos de lo real

Este volumen recoge una amplia selección de escritos literarios que cubren cuarenta años largos de actividad, desde el primero (sobre Calvert Casey), que data de finales de 1969, al más reciente, *Lectores de Montaigne*, aparecido unos meses antes de la presente publicación. No he sido nunca crítico literario fijo de ningún medio, al contrario que distinguidos escritores como Gimferrer, Colinas, Guelbenzu, Siles, Ferrero o Villena, por citar únicamente, y quizá con olvidos, a los de mi generación. Así que el libro, libre de las exigencias de un oficio o una actualidad, surge principalmente de tres actividades con igual desinencia: las ocasiones (simposios, conferencias, homenajes), las comisiones (un encargo del *Times Literary Supplement* sobre el conjunto de la obra de Vázquez Montalbán, un acompañamiento para un libro-disco, la serie de siete prólogos que me solicitó Alianza Editorial para su *Biblioteca Shakespeare*) y las decisiones propias, que son las menos pero seguramente las más extensas: el estudio y la traducción seleccionada de las *Noticias en tres líneas* de Fénéon, el repaso a la narrativa de Paul Bowles, los ensayos sobre la literatura de las enfermedades modernas y el marco de la vida privada en las novelas de la Gran Guerra. Con esto quiero decir que, si bien todos los escritores tratados me importan y una gran parte de títulos aquí juzgados son obras maestras, un libro en el que no figuran destacadamente ni Ovidio ni Leopardi, ni Flaubert, Emily Dickinson, Rulfo, Proust o Bernhard, nunca podría ser el reflejo completo de mi canon literario.

Enemigos de lo real es un altar de los muertos, ya que de antemano decidí no incluir ningún trabajo sobre autores vivos, muchos, obvio es señalarlo, con calidad suficiente para equipararse a los maestros antiguos. También quiero aclarar, dirigiéndome a los suspicaces, la naturaleza del título que he dado a la antología, aunque esta aclaración pueda asimismo parecer de Perogrullo; la realidad transita, como no puede ser menos, por las narraciones, la poesía y la producción dramática de casi todos, pero en la escritura del mundo es recomendable, ése es mi barrunto o mi empeño, una condición de forastero que, hablando en la página 38 del Próspero de *La tempestad*, yo llamo extrañeza o enemistad del roturado campo de lo real.

He revisado los textos, manteniendo por lo general un cierto espíritu del tiempo cuando se trataba de trabajos más juveniles. Y en los que, al proceder de periódicos diarios, sufrieron cortes de edición o limitación del número de palabras, me ha gustado restituir la totalidad de lo escrito en su día, siguiendo los originales y, en no pocos casos, las notas de lectura tomadas y conservadas; el resultado es que más de una docena de ellos aparecen aquí muy aumentados. Excepto cuando se consigna el nombre de un responsable, todas las traducciones son mías, incluyendo las que ahora he llevado a cabo para las citas de las siete piezas de Shakespeare que prologué pero –al contrario que *Hamlet*, *El mercader de Venecia* y *El rey Lear*– no traduje.

V. M. F.

Lectores de Montaigne

Vicente Molina Foix

La primera persona que leyó a Montaigne en Inglaterra fue seguramente «Un Inglese Italianato» que llevaba por nombre John Florio y no tenía pudor en aceptarse –con burla de sí mismo– como «un Diavolo incarnato». A Florio, hijo de un protestante huido de Italia y establecido en el país donde reinaba la anticatólica Isabel I, se le empezó a conocer desde que Frances Yates le dedicó en 1934 un estudio biográfico en tanto que compañero de Giordano Bruno en los afanes herméticos, espía tal vez al servicio de la embajada de Francia en Londres y «el brillante maestro de quien los isabelinos aprendieron el italiano, ya fuese por su instrucción personal o a través de sus fascinantes libros de texto» (Frances A. Yates, *Ensayos reunidos, II*, traducción de Tomás Segovia). Amigo personal de Ben Jonson, tutor del conde de Southampton, al que Shakespeare dedicó poemas en 1593 y 1594, Florio interesa especialmente por ser el primer traductor en cualquier lengua de los *Essais* completos (tras la versión parcial al italiano de Girolamo Naselli publicada en Ferrara, viviendo aún Montaigne, en 1590) y por su conexión con Shakespeare, que pudo haberle tratado a través de Jonson, y que, como más adelante se especifica, leyó sin duda su traducción del escritor francés, aparecida en Inglaterra en 1603; la misma Yates especuló con que la información topográfica de las ciudades italianas que aparecen en la obra shakesperiana podría proceder oralmente de aquél. Personaje muy colorido del Renacimiento europeo, Florio fue un escritor erudito pero antoja-

dizo que se sintió atraído por el «ingenio francés, agitado, ligero y extravagante» de Montaigne, cuyo estilo literario define –en la nota previa llena de encantadora arrogancia con la que presenta al «lector cortés» su traducción– como «inconexo, quebrado y callejeante», quizá la primera descripción impresa y una de las más perspicaces que ha habido del arte literario de Monsieur de Eyquem.

Nietzsche, en una de sus desmesuras, llamó a Shakespeare «el mejor lector de Montaigne». Más prudentes y apegados a lo demostrable, nos contentamos con la certeza de que el poeta y dramaturgo isabelino leyó el Montaigne de Florio, utilizó a su modo la terminología del traductor, se apropió de algunas nociones, imágenes y párrafos del traducido en distintos episodios de varias de sus obras escénicas (*Enrique V, El rey Lear, Los dos nobles parientes, Antonio y Cleopatra, Noche de reyes*, además de las que comentamos a continuación), y es probable que en el rimbombante maestro Holofernes de *Vanas penas de amor*, dado a los latinismos ininteligibles, hiciera un retrato satírico del angloitaliano. (Para seguir al detalle esas deudas y disfrutar de la brillante verbalidad inglesa de Florio se recomienda la reciente y muy generosa selección de la traducción *floriana*, al cuidado de Stephen Greenblatt y Peter G. Platt, *Shakespeare's Montaigne. The Florio Translation of the Essays*. New York Review Books, 2014).

Hamlet es otro de los títulos shakesperianos en los que se detecta el influjo o el eco del gran maestro francés, aunque parece de un patriotismo exacerbado la creencia de Victor Hugo de que la célebre pregunta retórica del ensayista, «*Que sais-je?*», fuera la fuente del auto-cuestionamiento del «*To be, or not to be*». En este caso, además, la datación hace dudar. En el ensayo del libro III titulado *De la distracción*, Montaigne, citando a Quintiliano, habla de las mujeres de cierta comarca, pesarosas a la vez que acusadoras de sus maridos fallecidos, y de esos actores tan metidos en su papel de duelo que, acabada la representación, si-

guen llorando en casa, con una pena aprendida y no sentida. La ilación con las palabras del príncipe danés sobre la pasión y el dolor fingidos por los cómicos de la compañía ambulante recién llegada a palacio se hace evidente, y más aún lo es el agrio reproche que le dirige a su madre la reina Gertrudis (acto primero, escena II), exponiendo la mentira de las apariencias del luto, a las que él opone el sufrimiento que siente por dentro: «algo que no es posible representar / con los accesorios y atuendos del dolor». La duda surge porque la versión inglesa de los *Ensayos* apareció en 1603, tres años antes de la fecha estimada de escritura y estreno de *Hamlet*, quedando abierta la hipótesis del conocimiento de un manuscrito de la traducción, dada la cercanía entre Florio y Jonson, colega muy cercano de Shakespeare.

Yo añadiría al repertorio de débitos shakesperianos de Montaigne uno que nunca he visto señalado y que no es sólo de concepto sino de parecida verbalidad; me refiero, en el ensayo *De la desigualdad que existe entre nosotros* (Libro I, capítulo XLII), al siguiente pasaje: «¿Acaso la fiebre, la migraña y la gota lo aquejan menos que a nosotros? Cuando pese sobre sus hombros la vejez, ¿lo descargarán de ella los arqueros de su guardia? Cuando lo atenace el terror de la muerte, ¿lo tranquilizará la presencia de los gentilhombres de su cámara? Cuando esté celoso y antojadizo, ¿lo calmarán nuestras reverencias?», tan similar en sus acentos de lamentación *diferencial* al monólogo de Shylock en *El mercader de Venecia*: «¿No tiene ojos el judío? ¿No tiene el judío manos, órganos, miembros, sentidos, emociones, pasiones? ¿No se alimenta de la misma comida, no se lastima con las mismas armas, no se expone a las mismas enfermedades, no se cura con los mismos remedios, no se calienta con el mismo verano y se enfría con el mismo invierno que el cristiano? ¿Si nos hacéis un corte, no sangramos? ¿Si nos hacéis cosquillas, no reímos? ¿Si nos ponéis veneno, no morimos? Y si nos hacéis un agravio, ¿no habre-

mos de vengarnos? Si somos iguales a vosotros en lo demás, también en eso hemos de parecernos».

Lo que no admite sombra alguna de duda es la transcripción textual de un célebre fragmento del ensayo *De los caníbales* de Montaigne, intercalado, con las exactas palabras inglesas de Florio, en el discurso que Shakespeare pone en boca del honrado consejero Gonzalo en la escena I del acto segundo de *La tempestad* (versos 143 en adelante, hasta la irrupción de Ariel), hablando utópicamente el consejero del gobierno ideal que, si él fuera rey, instauraría: una comunidad de iguales, sin comercio, contratos ni herencias, sin magistrados, sin riquezas y sin pobreza, viviendo todos en una naturaleza sabiamente regida que, sin sudor ni esfuerzo, habría de producir alimentos y bienes para «dar de comer a mi inocente pueblo». ¹

En España carecimos de un Florio nativo o importado, aunque el hecho de que hasta finales del siglo XIX no hubiera ninguna traducción disponible en castellano no significa un descuido absoluto de los *Ensayos*. Como bien mostró Juan Marichal en su libro *La voluntad de estilo*, la afirmación de un hispanista dolido, Victor Bouillier, que en 1922 se lamentaba de que a Montaigne «no le vemos clientes ni entre los *galicistas* del siglo XVIII, ni entre los *afrancesados* de principios del XIX, y aún menos entre los románticos», era errónea. Francisco de Quevedo y, un siglo después que él, el padre Feijoo, le leyeron en francés y le ponderaron, y en 1899, ignorada por Monsieur Bouillier, la editorial parisina Garnier había publicado en nuestra lengua la primera traducción completa de los *Essais*, obra del erudito Constantino Román y Salamero, quien, en su introducción, se hacía eco de una versión parcial realizada entre 1634 y 1636 por un excarmelita descalzo, Diego de Cisneros, conservada en la Biblioteca Nacional de Madrid y nunca hasta hoy publicada. No faltó, así pues, el interés por Montaigne en las primeras décadas del siglo XVII, dado que, además de las consideraciones encomiásticas de Quevedo a las

que nos hemos de referir y al trabajo de Diego de Cisneros, habría que sumar otra traducción, la primera al castellano, de algunos de los capítulos del autor francés, realizada, en lo que se diría un trabajo de diletante, por Don Baltasar de Zúñiga, embajador, tío del Conde-duque de Olivares y primer ministro de Felipe IV, fallecido prematuramente en octubre de 1622 pocos meses después de acceder a su cargo. La traducción de Don Baltasar, «con tantas faltas y corrales, que no se dexan entender bien ni se goza el fruto que se pretende de la lectura», según las palabras de Diego de Cisneros, que debió de verla manuscrita, sí se perdió, y nada se sabe por consiguiente acerca de su contenido y dimensión.

Pero el relativo infortunio español de los *Essais* en las tres centurias siguientes a su aparición fue cambiando, por lógica natural. Primero en la lectura y entendimiento de quienes no necesitaron verlos traducidos (de Quevedo a Azorín, de Feijoo a Pío Baroja, de Clarín a Pla), y después respecto a las ediciones, que se sucedieron a lo largo del pasado siglo y han tenido en lo que llevamos del nuevo la coincidencia extraordinaria de dos completas, anotadas y de alta calidad literaria ambas, *Los Ensayos* (según la edición de 1595 de Marie de Gournay), obra de J. Bayod Brau (El Acantilado, 2007), y la aquí reseñada y citada, *Ensayos*, en la edición bilingüe que toma como base el llamado «ejemplar de Burdeos» de 1588, establecido por André Tournon a partir del texto original revisado a mano y aumentado considerablemente en los márgenes por el propio Montaigne. Esta última y más autorizada versión en castellano (Galaxia Gutenberg, 2014) usa «como segunda imagen complementaria» el «ejemplar póstumo» de Marie de Gournay, tal y como cuenta al introducirla su autor Javier Yagüe Bosch.

Quevedo surge de manera indiscutible y algo estrambótica no sólo como el primer escritor en nuestra lengua sensible a los valores y la trascendencia de quien él llama «Mi-